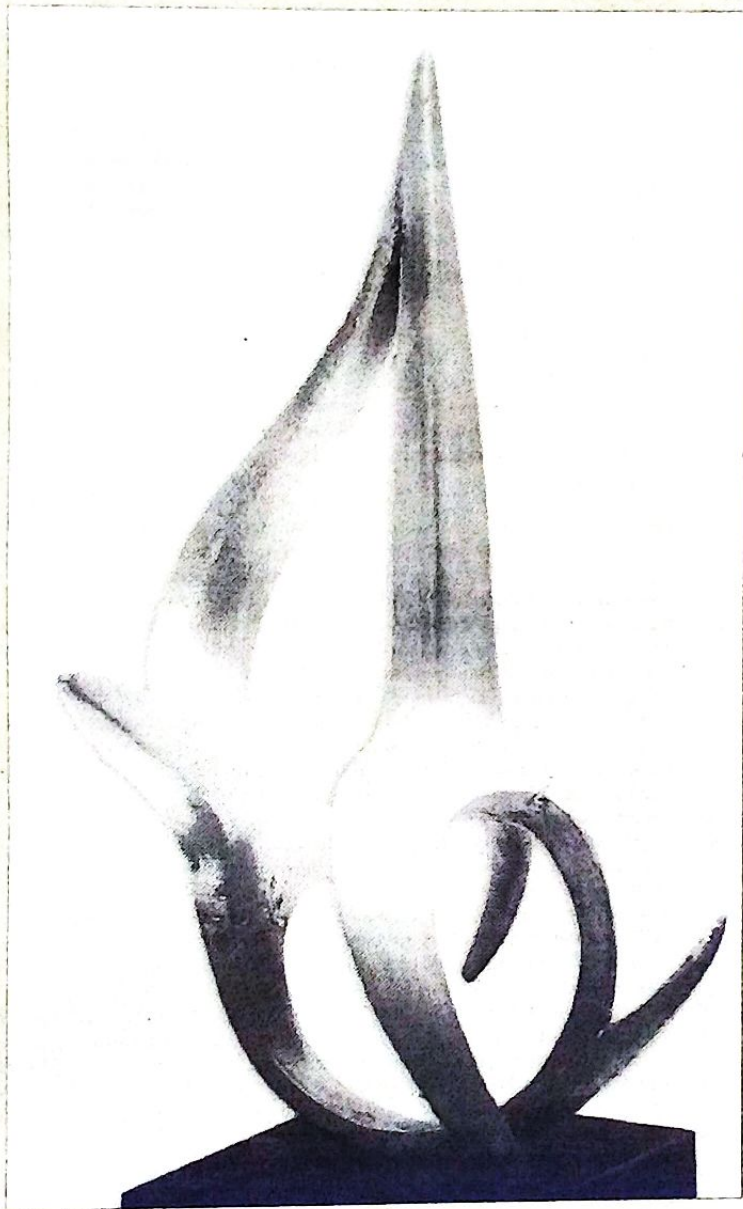




Semblanza del poeta chi:



José Ángel Cuevas (1944) es un buen representante de la llamada generación de 1970, «ese modo de producción», como dice él con cierta ironía; ese modo de tenaz sobrevivencia poética, añadiría yo. Esta temprana antología de su obra dispersa se autojustifica -más allá de la juventud del autor y de su creación todavía haciéndose- por el hecho de estar sus cinco libros editados en forma de folletos casi artesanales y de circulación

muy limitada. Desde el punto de vista crítico, lo único que interesa es saber si esta prematura antología -más allá de lo anecdótico- tiene razón de ser por su calidad poética intrínseca. Y debe decirse que, en efecto, valía la pena. Cuevas es un poeta algo caótico y centrifugo, pero pródigo en aciertos memorables y con un singular desplante verbal.

Efectos personales y dominios pœblicos (1979) es una evocación nostálgica de la década del 60, con su carga de mesianismo y utopía, al compás de un *heavy rock*. Este es el adiós entre resignado y juguetón con que el poeta se despide de esos tiempos para él mejores: «Mi preocupación presente no es el placer/ ni la realidad./ Ahora me estoy armando de paciencia./ creo que de aquí saldrá/ algún nuevo Francisco de Asís./ entretanto/ preparo dos hermosas alas, dos/ alas color naranja poderosas./ Con ellas hará mi vida futura./ Adiós al pasado, señores./ observen detenidamente el firmamento/ uno de estos días/ "me verán volar sobre/ el Centro de Santiago!».

Contravidas fue publicado en 1983. Del **Poema 2** de esa serie hay que retener el humor sentencioso, con algo de epigrama latino, y la óptima seriedad con que llega a una conclusión casi solemne, como imitando con aire de parodia el diagnóstico definitivo sobre... el nulo poder salvador de los asados en relación a la crisis contemporánea. Sí, de los asados: «A los más infelices asados de la época/ he asistido./ Con la mayor esperanza del mundo./ Como si la incompreensión cayera/ sobre la parrilla:/ un asado no soluciona nada./ Yo/ ya no creo en los asados./ El verdadero problema es otro». Bien por el humor poético: el verdadero problema de la edad moderna tal vez sea otro.

El poeta llora con humor -y eso es lo difícil, llorar con humor- los años idos, el tiempo perdido de Proust, la juventud desperdiciada sin grandeza, la sorda culpa personal y colectiva de unas horas preciosas pero ya vanas en el recuerdo, y todo esto sin patetismo alguno, sin siquiera denuncias tremendas, con resignada ironía:

«Hubiera podido pasar la época/ del brazo de una amada./ Pertener a un grupo de amigos/ todos para uno, uno para todos./ Pero Dios no lo ha querido así./ sencillamente». Todo es aquí «sencillamente». La resignación del poeta bordea los límites del fatalismo, pero lo que vale es el tono verbal, de una sencillez que desarma dentro de su desnudez de recursos formales.

Introducción a Santiago (1982) es la meditación melancólica, desmelenada y caleidoscópica que un pobre santiaguino hace de cara a esa ciudad infinitamente gris, en cuyos rincones más sórdidos se complace como si fueran lugares épicos, lugares en que, sin embargo, no ha pasado absolutamente nada digno de mención: «Todo lo he vivido aquí/ Soy un pobre santiaguino de mierda/ hablo solo/ El mundo ha cruzado mi/ propia casa yo no me he movido».

Canciones rock para chilenos (1987) es una obra más madura que las anteriores. El autor ha decantado su temple verbal. De varias maneras describe el trauma de 1973, que es omnipresente en su obra. La perspectiva suele ser estricta-